

Politización y universidad

*Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina**

Federico Neiburg

Universidad Federal de Río de Janeiro

El mundo de los estados nacionales modernos se formó construyendo la política, al mismo tiempo, como un principio de unidad y de diferenciación. Un examen de la filosofía y de la ciencia política consagradas en Occidente podría mostrar cómo, aunque con variaciones, la política fue entendida, de un lado, como un principio de identificación (de aliados y de enemigos), distinguiendo “comunidades políticas” como el partido, la ciudad o la nación; y de otro, como un dominio separado de otros, un mundo de profesionales, con reglas y valores propios, diferente, por ejemplo, del mundo de la religión o de la familia. Así, la política fue aislada de forma negativa, a través del sentimiento de que su presencia puede perturbar los lazos sociales construidos en otros dominios de la vida social, y, al mismo tiempo, de forma positiva, por la suposición de que es posible una buena política —la política pura, un sinónimo de la “gran política” asociada a entidades colectivas como el Estado, y opuesta a la “pequeña política” contaminada de relaciones y de lealtades personales—.¹

En esa representación se mezcla un argumento histórico y un argumento ético. El primero describe un proceso de autonomización progresiva de dominios sociales y culturales, la gradual politización de las varias esferas de la vida social y la secularización de las religiones, con la invención de las “religiones cívicas” y de las ideologías de los partidos y del nacionalismo; describe, también, la nacionalización de la “patria”, hasta entonces una noción limitada a la aldea o al territorio habitado por la familia. El segundo es un argumento normativo que formula una ideal de buena sociedad asociado a la pacificación, a la eliminación del uso de la fuerza física del mundo social y a la condena moral y jurídica de la violencia. Supone que, en el mundo de la racionalidad moderna, el contacto entre dominios diferentes corrompe, debe ser considerado como un rasgo transicional o como una anomalía, y que el uso de la fuerza física en la política sólo puede ser visto negativamente, como anomia.

* Este artículo fue concebido como parte de un diálogo con mis colegas del Núcleo de Antropología de la Política (NUAP, con sede en el Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Rio de Janeiro, cf. NUAP 1997). Agradezco a todos los que generosamente discutieron versiones preliminares del texto en los siguientes ámbitos: CEBRAP (San Pablo, octubre de 1998), NUAP (Río de Janeiro, noviembre de 1998), Laboratoire de Sciences Sociales, École Normale Supérieure (París, febrero de 1999) y Centre de Sociologie de l'Éducation et de la Culture, École des Hautes Études en Sciences Sociales (París, marzo de 1999). Con pocas variaciones, este texto reproduce el publicado en *Novos Estudos Cebrap*, 53, marzo de 1999.

¹ Para la oposición entre “gran” y “pequeña política”, cf. Palmeira ms.

Asimismo, buena parte de la literatura académica que trata sobre política combina enunciados descriptivos y normativos, de un modo que no permite aprehender los sentidos que individuos y grupos sociales concretos atribuyen a la política y sobre los cuales esa misma literatura pretende hablar.² Para esos estudios, *política* es siempre un sustantivo (en el doble sentido de gramatical y de relativo a sustancia), una arena o una forma de actividad –que tradicionalmente las corrientes “liberales” identificaron con elecciones y “voto” y las corrientes “marxistas” con formas de organización y de “lucha”–.³

En este artículo me propongo ensayar una forma de comprensión de la política radicalmente diferente a la de esa literatura y que, en el límite, aspira a ofrecer principios para comprenderla. La antropología de la política y de los procesos de politización de la vida social que pretendo esbozar aquí focaliza las acciones y las representaciones de individuos y de grupos sociales concretos. En lugar de presuponer aquello que debe ser considerado como siendo, o como teniendo que ser, del orden de la política, trata de comprender los sentidos que mujeres y hombres atribuyen a acciones, relaciones, identidades y pasiones colectivas que *ellos mismos* consideran como *políticas*. Aquí, la palabra política, y las otras palabras que forman el campo semántico diseñado en torno de ella (como politizar, politización, los adjetivos y sustantivos “política” y “político”, etc.) nunca son *categorías teóricas*. Son, siempre, *categorías prácticas*, que forman parte del mundo de agentes, prácticas y representaciones sociales que se busca comprender.

Esta perspectiva pragmática de la política, que centra su atención en los valores y las prácticas asociados con ella, obliga a realizar indagaciones históricas y sociológicas. De un lado, se analizan contextos y situaciones sociales en los cuales la política “da sentido” a la vida de individuos y a la existencia de grupos sociales concretos, investigando las propiedades sociales y la naturaleza de las relaciones entre ellos. De otro lado, se examinan las relaciones que individuos y grupos establecen con la historia, con formas de sentir y de actuar identificadas con generaciones anteriores, asociadas a tradiciones. Así, la antropología de la política y de los procesos de politización de la vida social es, también, *histórica*: considera, en el tiempo, las relaciones entre configuraciones sociales y formas de sensibilidad.⁴

² Buenos ejemplos de esta forma de abordar la política –especialmente en la Argentina y en América Latina– pueden ser leídos en la “sociología del desarrollo” y de la “movilidad social” producida en los años cincuenta y sesenta (por ejemplo, Lipset y Germani, 1960; Germani, 1962; Germani y Silvert, 1965; Bendix, 1977), en las corrientes sociológicas que proclamaban una inspiración “marxista” (por ejemplo, Murmis y Portantiero, 1971) y en la llamada “sociología de la dependencia” (por ejemplo, Cardoso y Faletto, 1972; para una visión crítica cf. Escobar (1995), y, desde otro punto de vista, Neiburg, 1995, 1996). Esa literatura explica la formación de los estados nacionales como procesos de progresiva integración y homogeneización social; las sociedades nacionales son vistas como espacios en los que diversos grupos sociales se integran gradualmente –en la Argentina, las narrativas sociológicas mencionan especialmente a los inmigrantes europeos y a los inmigrantes de origen rural, en otros países de América Latina pueden ser incluidos, también, con énfasis menor, grupos étnicos o raciales–.

³ La idea de política previamente definida por los analistas estuvo siempre estrechamente asociada con un presupuesto relativo a los “verdaderos intereses” de cada grupo o “actor” social y con la idea de que la acción política positiva sería solamente aquella coherente con esos intereses –una actualización de esta perspectiva puede ser reconocida también en la producción de cientistas políticos (en relación con la Argentina, por ejemplo, O’Donnell, 1972; Oszlak, 1985; Cavarozzi, 1995)–.

⁴ En términos generales, esta propuesta se inspira en la perspectiva inaugurada por Habermas (1961) en relación con la génesis de la esfera pública y al análisis de los sentidos de la publicidad, a partir del examen del uso de los conceptos que constituyen el campo semántico asociado con esa noción. Se diferencia de esa perspectiva, no obstante, en la medida en que se preocupa por considerar de forma sociológicamente positiva *todos* los significados asociados con la política, en las más diversas situaciones, producidos por los más variados agentes –y no sólo las

La intención de este texto es ilustrar semejante perspectiva a través de la pequeña etnografía histórica de un mundo social politizado, en el cual individuos y grupos representaron identidades y justificaron acciones en razones “políticas” –revelando, al mismo tiempo, los sentidos que la política tenía para ellos, sus propiedades sociales, las relaciones de fuerza que los separaban y las relaciones de interdependencia que los unían–.⁵

El escenario es un espacio nacional (la Argentina) y una coyuntura histórica (el inmediato posperonismo, entre los años 1955 y 1958). El foco de atención son las batallas, no sólo simbólicas, trabadas por diversos individuos y grupos en el micromundo de la Universidad de Buenos Aires (UBA), un espacio privilegiado para observar las relaciones y luchas entre importantes sectores de las élites sociales e intelectuales de la época. Dada la centralidad que esas disputas adquirieron en el debate público nacional, la UBA se transformó, también, en un lugar singular para comprender el contenido más general de los combates que, en otras áreas del espacio social (diferentes de la universidad), involucraron a diferentes agentes que coincidían en atribuir a estos combates un interés y un sentido *político* –ofreciendo claves para comprender las relaciones entre las formas de actuar en política y de sentir la política, y las formas de representar la cultura nacional–.

Por eso, es importante también aclarar que en este trabajo las referencias al espacio nacional –e, incluso, la utilización de palabras como “nación”, “Argentina” o “argentinos”– nada tienen que ver con cualquier tipo de entidad sustantiva, preexistente al análisis, sino con su dimensión práctica:⁶ esas referencias indican que, en las situaciones concretas que están bajo examen, determinadas acciones sociales, y los valores que las legitiman, obtienen sentido, *desde el punto de vista de los individuos y grupos sociales envueltos en ellas*, en relación con la dimensión nacional de la vida social.

El principal material empírico que sirve de base a este texto se refiere a los acontecimientos que involucraron la realización de concursos para todos los cargos docentes en la universidad, después de que una medida gubernamental de una inmensa radicalidad determinó la exoneración de *todos* los profesores. El principal argumento estaba formulado como una consigna: era preciso “desperonizar” la universidad, realizar una auténtica “limpieza política” de la institución. La aparente contradicción entre un mecanismo de *universalización* (como los concursos, fundados en apreciaciones meritocráticas) y una medida de *exclusión*, asociada a la condena de enemigos políticos (que habían participado en un gobierno derrocado por la

formas de publicidad típicamente burguesas a las que Habermas limita su visión, dadas las intenciones también normativas de su estudio–. Por otro lado, esta propuesta se aproxima a la larga tradición de antropólogos, de inspiración más o menos explícitamente wittgensteiniana, que se han preocupado por construir una perspectiva pragmática de la cultura (con relación a la dimensión nacional de la vida social, cf., entre otros, Herzfeld, 1997), pero se distancia de ellos en la medida en que está atenta a la historicidad de los sentidos y a la dimensión sociogenética de la producción de significados.

⁵ En un sentido general, me parece que la noción de “politización” es más productiva que la noción de “expropiación”, utilizada por Weber (1959), pp. 119-121 cuando describe la génesis de la política moderna como un proceso de “expropiación de la política” de otras formas sociales, diferentes del Estado moderno (como la familia, el estamento o la comunidad religiosa) y de otras figuras sociales, diferentes del político profesional (como el *pater familia*, el príncipe o el sacerdote). La dificultad mayor de la noción de expropiación es que presupone que la política preexiste al interés por ella y a la existencia social de los políticos profesionales. El potencial heurístico de los *procesos de politización* de la vida social ha sido sugerido por Norbert Elias (cf., por ejemplo, 1996) y, en una dimensión más estrictamente etnográfica, por F. G. Bailey (1998).

⁶ Cf., por ejemplo, Brubaker (1996).

fuerza y que supuestamente habían adherido, o todavía adherían, al movimiento político con él identificado), revela importantes características de la morfología social argentina y de sus transformaciones, y permite comprender algunos de los sentidos de la política en esa sociedad nacional y en la historia de los argentinos.⁷

Así, también se deberá hacer referencia a configuraciones de relaciones entre individuos y grupos en una duración mayor a la de los acontecimientos focalizados: hacia atrás, con la finalidad de comprender formas de sensibilidad, estilos de hacer política y representaciones sobre el lugar de la política en la cultura nacional y en el *habitus* nacional de los argentinos sin las cuales las aquí estudiadas no habrían tenido sentido; y, también, hacia adelante, cuando varios de los protagonistas centrales de los hechos que serán examinados a continuación concibieron como posible, o incluso como necesario, matar o morir por razones políticas.

Un mundo social politizado

El 16 de setiembre de 1955 un golpe de Estado puso fin a más de diez años de gobierno de Juan Domingo Perón. La Revolución Libertadora, como fue llamado el movimiento por sus adeptos, tuvo el apoyo de un amplio frente que incluía la cúpula de las tres fuerzas armadas, los principales partidos políticos (conservadores, radicales, comunistas, socialistas y buena parte de los partidos provinciales), la Iglesia Católica, las principales asociaciones patronales (como la Confederación Nacional de la Industria y la Sociedad Rural) y las federaciones de estudiantes universitarios.

Los sectores sociales y las organizaciones que habían dado sustentación al régimen de Perón no opusieron mayor resistencia al golpe de Estado, contribuyendo a otorgar una sensación de irrealidad al fin de un gobierno que había exhibido apoyos masivos y claras tendencias totalitarias. Ni los aliados militares de Perón (que habían participado con él del golpe de Estado que, en 1943, lo proyectaría al primer plano de la vida pública de la nación), ni los sindicatos que le dieron un apoyo decisivo en octubre de 1945 (cuando Perón fue desplazado del lugar central que ocupaba en el gobierno militar, como vicepresidente, ministro de Guerra y ministro de Trabajo), ni el propio Partido Peronista (que viabilizó sus victorias electorales de 1946 y 1951), ninguno de ellos se mostró dispuesto a (o con la fuerza suficiente para) defender un gobierno desgastado por la crisis económica, por la presión internacional y por la pérdida de gran parte del consenso que, en el plano interno, hasta entonces le había dado legitimidad.⁸

Así, a pesar de que el primer jefe de la Revolución Libertadora, el general Lonardi, tomó la Casa Rosada con la consigna “ni vencedores, ni vencidos”, rápidamente fue evidente

⁷ En ese sentido, la cualidad del proceso analizado –constituido por acontecimientos públicos de reconocida relevancia nacional, reveladores (a los ojos del analista) de algunos de los sentidos de la publicidad y de la dimensión nacional de la vida social para los argentinos– recuerda la cualidad de los *critical events*, según la sugerente definición de Das (1995). Más allá de esto, es importante mencionar que el período abierto en la UBA por la desperonización es todavía hoy motivo de juicios y de debate público. Para unos, es un sinónimo de desarrollo científico y democracia; para otros, la imagen de un academicismo insuficientemente nacional.

⁸ Es importante recordar que la llamada “resistencia peronista”, y todo el movimiento en favor de la vuelta del general Perón al país, fue un fenómeno bastante posterior a los hechos aquí analizados, que recién tomaría forma en la década del sesenta.

para todos que el país comenzaba a vivir un agudo proceso de reacomodación de las relaciones de fuerza entre los diversos sectores de las élites sociales que participaban (o que se creían en condiciones de participar) en el campo de poder, ocupando los principales lugares en la administración pública, definiendo el contenido de los asuntos públicos y las formas de representar los destinos de la nación.

Dos meses después de iniciada la Revolución Libertadora, y coincidiendo con la sustitución de Lonardi por el general Aramburu, el campo de batalla ganó contornos más definidos y, también, un nombre: “desperonización”. Mientras intelectuales, periodistas, militantes políticos y hombres de Estado transformaban la desperonización en un asunto público de primer orden (debatiendo sus formas, ritmos y sentidos, y publicando sus ideas y programas de acción en diarios, revistas y libros), el gobierno anunciaba una serie de medidas con el objetivo explícito de desperonizar el país. El primero de febrero de 1956 fue establecido que todos los individuos que habían tenido algún tipo de actuación en el antiguo régimen estarían impedidos de ocupar cargos electivos o de ser funcionarios de la administración pública nacional, provincial o municipal. Otro decreto declaró ilegal al partido peronista, prohibiendo la utilización de todos sus distintivos, consignas, canciones e, incluso, la mención de los términos asociados con el *ancien régime*, como Perón, Eva Perón, peronismo, justicialismo, etcétera.⁹

En nombre de la desperonización tuvieron lugar verdaderas batallas en todas las regiones del campo político y de la esfera estatal, redefiniendo sus fronteras. En el plano más estrictamente político-partidario, se abrió un período de luchas por la herencia del principal capital que todos reconocían en la figura del líder derrotado: el apoyo popular. Antiguas y nuevas apuestas fueron realizadas en nombre de la necesidad de ofrecer alternativas para esa masa que, unánimemente, era reconocida como estando “disponible” para nuevos liderazgos. En esas disputas, desde el principio y cada vez más acentuadamente, se diluyó la frontera entre victoriosos de la revolución y derrotados del antiguo régimen. Para unos y otros, la ausencia del líder parecía abrir nuevos espacios y posibilidades. Mientras unos insistían en la construcción de apuestas políticas que necesitaban de la desperonización de sus clientes potenciales, otros buscaban transformarse en herederos del líder, anunciando, cada vez menos tímidamente, su propia peronización.¹⁰

Por otra parte, la ilegalidad del peronismo, que se prolongó por casi dos décadas, estimuló un dramático proceso de renovación (vía exclusión y cooptación) de buena parte de los

⁹ Decretos-ley Nos. 3855 de 24/11/55, 4161 de 5/3/56 y 4258 de 6/3/56. Desde que Perón pasó al primer plano de la política nacional, en 1945, sus enemigos utilizaron insistentemente como arma política la denuncia de que el peronismo era una manifestación local del fascismo. Diez años después, en 1955, buena parte de la retórica política de la Revolución Libertadora reproducía motivos y categorías utilizados una década atrás en Europa: la propia idea de desperonización era una adaptación nacional de la idea de desnazificación y, contradictoriamente para aquellos que condenaban al Hitler o al Mussolini argentino, no dejó de aparecer algún promotor de la desperonización conibiendo algún tipo de “solución final” para el problema peronista (cf. Neiburg, 1998a, cap. 1).

¹⁰ Los candidatos a la posición de “líder popular” que quedó vacante con la derrota y el exilio de Perón recorrieron dos movimientos: algunos anunciaron su intención de “desperonizar al pueblo” (a través de campañas educativas, reformas en la legislación electoral, etc.); otros proclamaron la necesidad de aproximarse al pueblo, “peronizándose” (en general, argumentando en favor de la necesidad de distinguir el contenido autoritario del antiguo régimen, que aún condenaban, y su contenido popular, que pasaron a valorar). Estos movimientos son fundamentales para comprender las redefiniciones de los grupos políticos (partidos y facciones) en las décadas que siguieron a la Revolución Libertadora.

políticos profesionales, tanto en el ámbito del gobierno y del congreso nacional, como de las administraciones y legislaturas provinciales y municipales.¹¹

En las instituciones del Estado, las medidas desperonizadoras sancionadas por el gobierno permitieron acusaciones (de “peronismo”) y exclusiones (fundadas en la participación o en la simple adhesión al régimen depuesto) que todos reconocían como fundadas en razones políticas. Como no podía ser de otra manera, entre los integrantes de las fuerzas armadas, tan bien educados en el uso de la fuerza física para hacer política, el proceso de sustitución, o de amenaza de sustitución, de cuadros altos y medios se manifestó con una violencia que no fue sólo simbólica.¹²

En las fronteras del espacio burocrático, la dinámica de proscripciones, acusaciones y exclusiones ganó características específicas. Allí estaba claramente en juego la definición de las relaciones entre diversos dominios de la vida social, y un lenguaje reconocido como político servía, también, para justificar la desaparición de unas figuras y la aparición de otras.¹³ En el ámbito sindical, por ejemplo, la desperonización provocó un rápido y violento proceso de renovación de cuadros, de formas de actuar y de concebir la acción sindical. Una nueva generación de líderes –que se había criado en la década peronista, ocupando, hacia 1955, posiciones de segundo y tercer escalón– asumió el control de las organizaciones con argumentos que debían legitimar sus acciones en relación con un Estado que ya no era peronista y, al mismo tiempo, hacer valer el capital político que significaba la para todos indiscutible identidad peronista de sus bases.¹⁴

Veremos cómo la dinámica de conflictos generacionales también es fundamental para comprender la naturaleza de la desperonización en el espacio universitario, que, hasta entonces, estaba bajo control directo del Estado.¹⁵ En este dominio, la definición de los contenidos

¹¹ Queda aún por hacer un estudio detallado de este proceso en el ámbito de la burocracia estatal, de las legislaturas y de los partidos. No obstante, es posible evaluar los efectos que tuvo la aplicación, o la amenaza de aplicación, de esas medidas legales sobre las vocaciones y las expectativas de carrera de millares de hombres y mujeres ligados a las organizaciones estatales y paraestatales identificadas con el antiguo régimen (partidarias y sindicales, pero también de mujeres, de jóvenes, de comerciantes, etc.). Algunos perderían sus empleos, otros vivirían la angustia y la amenaza de perderlos, y otros más sólo podrían participar en campañas electorales con la condición de hacer nuevas alianzas, integrando o creando nuevas organizaciones (la proscripción de las elecciones para cualquier organización identificada como peronista duró hasta 1973). Para una imagen de la extensión de las organizaciones del régimen peronista en la sociedad civil, cf. Plotkin (1993).

¹² Es un lugar común en las narrativas sobre la época la mención de la relativamente escasa violencia con que se impuso la Revolución Libertadora, atribuyendo esa característica a una combinación de falta de resistencia de los adeptos a Perón y del peso de otras lealtades aparentemente más primordiales que las políticas, como las que unen a los hombres de armas. Sin embargo, el punto alto del uso de la fuerza física en la desperonización del mundo militar fue el de las ejecuciones sumarias realizadas después de la derrota de la rebelión properonista encabezada por el general Valle, en junio de 1956 (en la que fueron asesinados no sólo militares). Referencias a la desperonización en las fuerzas armadas pueden ser encontradas en Rouquié (1982), vol. 2, cap. 3, y Potash (1982), vol. 2, cap. 7.

¹³ Para comprender el efecto que las transformaciones en el campo burocrático pueden tener en otras áreas de la vida social son importantes las indicaciones de Bourdieu (1994).

¹⁴ Durante todo el período de proscripción del peronismo –y a pesar de los varios intentos de crear centrales sindicales de filiación no peronista–, en los combates internos del campo sindical nunca se puso en duda el hecho de que los sindicatos eran (o continuaban siendo) la “columna vertebral” del peronismo. Sobre el proceso de desperonización en el campo sindical, cf. James (1990), donde se sugieren interpretaciones para las varias posiciones sindicales que oscilaban entre una aproximación de los gobernantes de turno y un uso político de su relación con Perón –quien seguía gravitando en la “escena política nacional” desde su exilio español–.

¹⁵ El reconocimiento a los títulos de las universidades privadas otorgado por el gobierno en 1958 puede ser entendido, también, como una de las consecuencias de la desperonización: entre quienes tuvieron un papel relevante en la creación de instituciones privadas de enseñanza superior no había pocos exonerados, o impedidos de entrar en las universidades públicas después de 1955.

de la desperonización –de lo que debería ser la universidad desperonizada y de quiénes podrían o deberían ocupar posiciones en ella y orientar sus rumbos– revela una complejidad mayor a la de todas las representaciones nativas, que siempre siguen una lógica dicotómica, buscando transformar en realidad una forma de comprender y de sentir la política en términos de amigos y de enemigos: peronistas *versus* no peronistas, clericales *versus* liberales, nacionalistas *versus* cosmopolitas.

Así, más que esa lógica bipolar –tan común, también, en cierta sociología de las élites que termina transformando en principio de explicación argumentos que, en realidad, son nativos– es una dinámica de relaciones de conflicto y de interdependencia la que proporciona inteligibilidad a los contenidos concretos de la politización de la sociedad argentina y de la desperonización del mudo universitario. Estudiar la naturaleza de esas relaciones permite entender las condiciones sociales en que fueron producidas determinadas acciones y representaciones de la política, reveladoras de aspectos más generales del lugar de la política en la sociedad argentina, de las formas de representar la cultura nacional y de los modos de actuar y de sentir la política por parte de los argentinos.

Como mencioné anteriormente, la clave para descubrir los contenidos de la política en este contexto debe buscarse en las condiciones que permitieron la combinación de los principios de *universalización* y de *exclusión* que orientaron las acciones desperonizadoras en la universidad –revelando las dos caras de una sociedad que se autorrepresentaba como altamente homogénea en términos sociales y culturales y que hizo de la política un lenguaje privilegiado de la diferencia y de la desigualdad, un argumento para delimitar identidades e identificar enemigos–.

El juicio desperonizador: politización de la universidad y “universitarización” de la política nacional

El 2 de octubre de 1955 el Ministerio de Educación sancionó un decreto determinando que, a partir de ese momento, serían suspendidos de sus cargos todos los profesores de todas las facultades de la Universidad de Buenos Aires.¹⁶ Un mes después de la exoneración masiva, el gobierno divulgó un llamado a concurso para todas las cátedras, estableciendo que los jurados examinarían los *curricula* de los candidatos y aplicarían pruebas de conocimientos específicos. Se anunciaba, también, la imposición de una fuerte restricción: sólo podían pre-

¹⁶ No puede sorprender que los acontecimientos analizados hayan ocurrido en la Universidad de Buenos Aires (UBA), pues allí los combates en torno de la desperonización adquirieron un tono más dramático y cristalino, revelando, también, hasta qué punto la lucha por definir el destino de la universidad desperonizada era una cuestión que movilizaba la esfera pública nacional. En parte, esto puede explicarse por el hecho de que, desde su fundación en el año 1823, la UBA ocupó un lugar central en la formación de la Argentina, como un espacio de preparación de buena parte de los cuadros dirigentes de los partidos políticos y de la función pública. En parte, se justifica, también, por la historia de politización del mundo universitario porteño y argentino, que por mucho tiempo marcó el lugar de la universidad –y de los individuos que por ella pasaron– en la vida pública del país. Por fin, otra explicación tiene que ver con la estructura fuertemente centralista con la que se constituyó la nación, teniendo a Buenos Aires como su único “centro” (punto de llegada de todas las trayectorias consagradas en los planos intelectual y político, y principal foco de producción de representaciones sobre el país y sus dilemas). Esa estructura centralista aproxima a la Argentina a países como México y Francia, y la diferencia de otros, como el Brasil y los Estados Unidos.

sentarse quienes estuviesen en condiciones de “exhibir una conducta moral inobjetable”, especificando que

a) [los candidatos deben] dar muestras de un comportamiento cívico ajeno a toda adhesión a las conductas totalitarias, adversas a la dignidad del hombre libre y a la vigencia de las instituciones republicanas; y b) [...] no serán admitidos quienes en el desempeño de su cargo universitario o de funciones públicas hayan realizado actos positivos y ostensibles de solidaridad con la dictadura [peronista] [...]” (*La Nación*, 3 de noviembre de 1955).

Durante los tres años en los que *desperonización* fue la categoría organizadora de los conflictos sociales que tuvieron a la universidad como escenario (período que también fue llamado de “normalización universitaria”), sus detalles fueron relatados cotidianamente en los principales diarios de circulación nacional (como *La Prensa* y *La Nación*), acentuando el carácter público de los acontecimientos, otorgándole un lugar en la vida del país. Los argentinos podían leer sobre la desperonización en las columnas de “Información” o de “Vida Universitaria” y, con bastante frecuencia, la vida universitaria invadía las secciones de “Política Nacional” o llegaba a los titulares de las primeras páginas.¹⁷ Con una sorprendente regularidad, los diarios actualizaban las listas con los nombres de profesores exonerados en las facultades, mencionaban solicitudes de rehabilitación, informaban sobre medidas dispuestas por los interventores gubernamentales, publicaban sus opiniones y las de otros protagonistas principales de los acontecimientos (líderes y militantes de partidos, intelectuales de renombre, profesores, asociaciones profesionales y organizaciones de estudiantes).

Cualquier observador ajeno a las luchas de clasificación que se delineaban en torno de la acusación de “complicidad” con el antiguo régimen –e inmediatamente después sobre los “grados” de complicidad que podían ser moralmente comprensibles y políticamente tolerables– habría sido capaz de reconocer que esos embates eran más que un síntoma de ruptura en la alianza entre grupos sociales que participaron y dieron apoyo a la Revolución Libertadora. Pero para una comprensión mejor de los contenidos sociales de las oposiciones políticas y de las descalificaciones morales puestas en juego es necesario incorporar otro tipo de fuente, diferente de los diarios. Se trata de los expedientes de los concursos que integran los legajos de cada uno de los vencedores, y que pueden ser consultados en el Archivo General de la UBA. Esos expedientes contienen tres tipos de documentos que, en conjunto, constituyen un *corpus* riquísimo de material analítico.

En primer lugar, contienen las apreciaciones de los jurados, que fundamentaban el orden de méritos, reflejando la jerarquía de valores que sustentaba las figuras sociales y los estilos intelectuales que la desperonización consagraba en cada cátedra y disciplina. En segundo lugar, los *curricula* de los candidatos, que revelan las estrategias de autopresentación que resultaban del encuentro entre sus trayectorias y disposiciones individuales y la incertidumbre sobre los contenidos de la nueva universidad desperonizada. Y, por último, cada expedien-

¹⁷ Uno de los datos más significativos que comprueba la estructura centralista de la esfera pública nacional en torno de Buenos Aires es que los únicos diarios reconocidos como de “circulación nacional” son porteños. Lo mismo no sucede en otros casos, como por ejemplo en el Brasil, donde varias ciudades y regiones disputan por el monopolio sobre las cuestiones nacionales: Río de Janeiro, San Pablo, Brasilia y el Nordeste (y, con un peso relativamente menor en años más recientes, Minas Gerais y Río Grande do Sul).

te contiene las impugnaciones impuestas a las candidaturas, las defensas de los propios acusados y el resultado del proceso de impugnación, sancionado por las autoridades universitarias –donde lo que siempre estaba en juego era un juicio político y moral sobre las posibles relaciones del candidato con el antiguo régimen y sus consecuencias, permitiendo o impidiendo la continuidad de su carrera universitaria–.

Fueron analizados 30 expedientes relativos a concursos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en los cuales participaron 119 candidatos.¹⁸ Representan poco menos del 30% del total de los concursos realizados en esa facultad entre 1956 y 1958. La mayor parte de ellos corresponde a concursos para los cargos más altos en la jerarquía universitaria argentina (titular, asociado y adjunto). En ese universo se cuentan 53 individuos que participaron como jurados. Algunos de ellos integraron sólo una comisión, mientras otros estuvieron presentes en cuatro, cinco y hasta siete comisiones en concursos diferentes (las comisiones juzgadoras estaban compuestas por un máximo de cinco y un mínimo de tres jurados).

En el acto de inscripción, todo candidato debía firmar un documento negando haber mantenido cualquier tipo de compromiso con el antiguo régimen y declarando, “bajo juramento”, conocer el decreto-ley que prohibía a quienes habían tenido alguna actuación en el gobierno anterior desempeñar cargos electivos o ser funcionarios de la administración pública nacional, provincial o municipal.

Sin embargo, la firma de ese documento no era una garantía suficiente, como puede ser comprobado por el hecho de que, en el universo examinado, más del 20% de los candidatos fueron objeto de impugnaciones. Semejante porcentaje es doblemente relevante en la medida en que se debe suponer que aquellos que estaban más claramente comprometidos con el régimen de Perón sabían lo que podían esperar de ese juicio, en el cual todos reconocían un contenido político.

A pesar de que algunas impugnaciones podían tener apoyos individuales, todas tenían la firma del representante de la Asociación de Graduados o del Centro de Estudiantes, ligado a la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) y a la Federación Universitaria Argentina (FUA). El papel protagónico desempeñado por estas organizaciones revela mecanismos de articulación entre política universitaria y política nacional que son fundamentales para comprender los sentidos de la desperonización.

De acuerdo con la tradición que en la universidad argentina se identifica con el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 –con el que se reconocía buena parte de los actores principales de la desperonización, incluyendo a los líderes de esas asociaciones–,¹⁹ los graduados pueden mantener a lo largo de toda su vida profesional un papel activo en los destinos de la universidad, integrando uno de los “claustros” que, junto con los claustros de profesores y de alumnos, dicta la política de la institución y designa a sus dirigentes (rector, decanos y órganos colegiados).

¹⁸ Entre ellos fue posible tener acceso a los *currícula* de 91 candidatos. De éstos, 21 corresponden a individuos que obtuvieron el primer lugar en los concursos, 15 el segundo y 55 colocaciones inferiores. Los restantes 28 (del total de 119) deben haber participado al mismo tiempo en otros concursos y sus *currícula* probablemente se encuentran en los respectivos legajos.

¹⁹ En la descripción siguiente se utilizan fuentes etnográficas y testimonios ya publicados, como Toer (1988) y los Archivos de Historia Oral de la UBA; también, informaciones extraídas de algunas historias “reformistas” del reformismo (como Sanguinetti y Ciria, 1962 y 1968). Evidentemente, existe un largo campo de investigación para recorrer a fin de ampliar y refinar los análisis disponibles hasta ahora, como Sigal (1991, pp. 69-82) y Portantiero (1981).

A través de las asociaciones de graduados la universidad se extiende a otros espacios sociales, nacionalizando problemas, formas de sentir y de construir asuntos nacionales y, también, razones y acciones políticas. Por otro lado, a pesar de que no todos los graduados mantienen un vínculo fuerte con la asociación de su facultad, ésta constituye para ellos un canal siempre abierto con el mundo universitario. Así, la universidad mantiene la capacidad de invocar sentidos para muchos individuos (graduados y que forman parte de las camadas medias de la sociedad nacional) que no se definen ni como alumnos ni, tampoco, como profesores.²⁰

Las asociaciones de graduados comparten con los centros de estudiantes la característica de reproducir, dentro de la universidad, el modelo de democracia representativa, marcando el tono y definiendo un estilo de política universitaria:²¹ sus líderes y sus representantes en los órganos de gobierno de la universidad son elegidos periódicamente siguiendo un auténtico ritual electoral, con listas de candidatos, campañas y votos, en los que participan, más o menos abiertamente, grupos reconocidos como “políticos”: partidos y facciones partidarias.

Si la particularidad de las asociaciones de graduados reside en su capacidad para extender la universidad hacia otras regiones de la sociedad nacional, *universitarizando* las formas de hacer y de sentir la política nacional, los centros de estudiantes, por su parte, refuerzan las relaciones entre los partidos y la universidad, *partidizando* las formas de sentir y de hacer política universitaria.²² Para los partidos, las organizaciones de estudiantes son un espacio importante para el reclutamiento de jóvenes cuadros; para los jóvenes estudiantes, la presencia permanente de partidos y de militantes es una evidencia de que la política puede ser para ellos una vocación y una profesión.²³

En aquella época (en una práctica que permanece aún hoy, aunque tal vez con sentidos y énfasis un tanto diferentes) los diarios argentinos informaban regularmente sobre la actividad de los centros y de las federaciones universitarias, publicaban las opiniones de sus líderes sobre cuestiones de política nacional, comentando la realización de elecciones estudiantiles y de congresos de las federaciones —que por esa vía se transformaban, también, en acontecimientos nacionales—. Por otra parte, es significativo el hecho de que muchas veces el resultado de las elecciones en las federaciones permitía a comentaristas políticos tejer especulaciones sobre las tendencias de futuras elecciones nacionales, haciendo que, a través de un mecanismo semejante al de las encuestas preelectorales, el resultado de la política universitaria tuviera efectos (“influencie”) sobre la política nacional.

²⁰ Es importante tener en cuenta que no hay nada de universal en la organización de la política universitaria tal como se la conoce en la Argentina, ni tampoco en las relaciones entre política nacional y política universitaria. La descripción mínimamente distanciada que se propone aquí busca compensar el carácter provisorio de las conclusiones de lo que en realidad es un proyecto de investigación en curso: la colocación de la tradición universitaria (y “reformista”) argentina en una perspectiva comparativa (cf. *infra*, nota 42).

²¹ Sigal (1991, p. 65) llamó agudamente la atención sobre este hecho y algunas de sus consecuencias.

²² Agradezco a Moacir Palmeira por haber estimulado mi reflexión sobre este doble movimiento.

²³ A pesar de lo mucho que queda por hacer en la sociología de las relaciones entre campo universitario y campo político en la Argentina, sabemos que buena parte de los políticos profesionales con formación universitaria que apoyó la Revolución Libertadora, y que participó de la acción desperonizadora, valorizaba de su experiencia universitaria menos el conocimiento de una disciplina y mucho más la socialización en una forma de sentir y de actuar políticamente. Los espacios que esa tradición definía como más característicos, como las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, formaron antes y después una expresiva proporción de políticos profesionales, diputados, líderes de partidos, “publicistas” e “intérpretes” reconocidos de los problemas nacionales (cf. Neiburg, 1998a, cap. 4).

En consecuencia, no puede parecer extraño que los diarios del 16 de septiembre de 1955 hayan anunciado simultáneamente la destitución de Perón por la Revolución Libertadora, la toma de las instalaciones de la UBA por parte de la FUBA y la sustitución de la administración peronista por el “gobierno de los centros de estudiantes”. Quince días después, ya con la presencia de los interventores designados por el nuevo gobierno, las federaciones pasaron a participar directamente de la desperonización, haciendo públicos sus juicios sobre la calidad moral y la trayectoria política de centenares de personas, impugnando las candidaturas de supuestos cómplices del antiguo régimen y defendiendo el honor moral y político de quienes, según ellos, habían sido injustamente acusados de esa misma complicidad por las nuevas autoridades gubernamentales.

Las organizaciones estudiantiles legitimaban sus acciones ostentando una trayectoria decididamente opositora a Perón desde que, en el año 1945, se escuchó por primera vez la palabra peronismo en la Argentina. Proclamando su adhesión a los principios de la autonomía universitaria y a una forma de hacer política desde la universidad identificada como “reformista”, los líderes de las principales federaciones estudiantiles del país habían ejercido una militancia que excedía en mucho la oposición a las medidas promovidas por el gobierno peronista en relación con la producción cultural y con la vida universitaria.²⁴

Examinando los expedientes de los concursos es posible comprobar hasta qué punto estaba generalizada la práctica impugnadora en la actividad de las organizaciones estudiantiles y de graduados: ambas tenían preparada una carta impresa, semejante a un formulario, que reproducía un mismo argumento en todos los casos. Después del rápido reconocimiento de que “todos somos un poco culpables del holocausto [del país y de la universidad]”, los impugnadores aclaraban que, “para todos los hechos humanos hay una escala y una medida y que hay acciones más censurables que otras”. Autoproclamándose ejecutores de un acto de fiscalización (y no de “juicio”), denunciaban que el candidato impugnado no sólo había permanecido en la cátedra de la “dictadura”, sino que también había manifestado su apoyo al régimen, solicitando la reelección de Perón en 1951 y la concesión del título de doctor *honoris causa*, otorgado poco después por la UBA.

Más allá de algunos elementos comunes –como el argumento de que todos los funcionarios públicos durante el régimen aparecieron como firmantes de ambos pedidos (la reelección y el título honorífico a Perón), o el argumento de que la firma fue una imposición de las autoridades–, las defensas de los impugnados muestran una serie de variaciones significativas en los modos por los cuales cada individuo prestaba cuentas, más o menos explícitamente en el currículum, de su trayectoria político-intelectual, de su oposición a la “tiranía” y de su proximidad con los grupos sociales y los círculos intelectuales que veían encarnados en sus jueces. De forma semejante, las defensas de los impugnados ofrecen claves para comprender cómo los candidatos concebían y representaban las propiedades sociales de quienes habían “tomado el poder” en el país y en la universidad, orientando las acciones desperonizadoras.

²⁴ Sobre la oposición desde 1945 de la FUBA y de la FUA a Perón cf. Neiburg (1992); sobre el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 y su proyección latinoamericana cf. Portantiero (1981); y sobre la relación entre principios reformistas y planes innovadores en la universidad argentina posterior a 1955, cf. Sigal (1991), p. 85. Es importante señalar, también, que todos los análisis sobre la relación entre “reformismo” y política carecen de estudios de las trayectorias y de las propiedades sociales de los líderes estudiantiles, para muchos de los cuales la universidad, más que un paso en una carrera profesional, era un medio de socialización que, a través de la política, abría posibilidades de ascenso social.

Dos casos ilustran los extremos entre los que podían oscilar los procesos de impugnación. El primero es un ejemplo de defensa exitosa, en el que un candidato consiguió presentarse al concurso, obteniendo el segundo lugar. En su defensa respondió puntualmente a todas las acusaciones y, remitiendo a su currículum, declaraba que allí había pruebas suficientes de idoneidad, destacando el hecho de haber integrado varias instituciones político-culturales de activa oposición a Perón.

El segundo caso es el de una defensa fracasada, la única en la muestra analizada en que las autoridades impidieron la presentación de una candidata: una joven de 33 años de edad, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras, y que había hecho su carrera durante la década peronista (participando, como consta en su currículum, en algunos de los principales actos de celebración del régimen de Perón en el ámbito universitario, como el I Congreso Argentino de Filosofía, realizado en Mendoza en 1949, y el II Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Buenos Aires, en 1951). Pero el principal argumento impugnador fue el hecho de haber sido autora de la sección “Formación del niño y del adolescente argentinos” del libro *Psicología*, editado con el apoyo del Ministerio de Educación del gobierno de Perón y en el cual, según las palabras de los jueces, se hacía una “apología de la doctrina peronista”. La candidata parecía ser una de los anónimos publicistas que habían celebrado el antiguo régimen y la furia de los revolucionarios no le perdonaría la osadía de haber dado a conocer su identidad.

La relación de las estrategias de defensa con las propiedades sociales de los candidatos (estudiadas a través de sus *curricula*) muestra, por ejemplo, cómo los individuos que exhibían menores credenciales intelectuales (menos títulos, publicaciones y otros símbolos de estatus) eran los que más se esforzaban para dar pruebas de una trayectoria opositora, llegando al extremo de esgrimir como argumento de defensa no sólo su propia actitud adversa a la “tiranía” sino también la de sus familiares más próximos, esposas e hijos. Las defensas de algunos acusados revelan que, para ellos, no estaba en juego simplemente una adhesión de naturaleza política o una cuestión de prestigio intelectual, sino empleos y quizás también verdaderos dramas familiares y personales provocados por el cambio brusco e imprevisto de la situación política del país y de las relaciones de fuerza en el campo universitario.

En este sentido, sirve como ilustración el patético caso de un candidato que buscó defenderse declarando que

[...] siendo profesor en el Liceo de Señoritas No. 1 y en la Escuela de Comercio No. 8 nunca se me aumentaron horas ni se me dio suplencia alguna por adversario del régimen depuesto; también fue adversaria del régimen mi esposa [...], miembro de la Junta Democrática de Mujeres [...], igualmente lo fue mi hijo el cual resistió siendo estudiante de medicina [...] también fueron contrarios al peronismo mi hija y toda mi familia residente en [se menciona una localidad determinada] donde tenemos arraigo de un siglo y cuarto.

En las distintas formas de presentación de los *curricula* y, especialmente, en la importancia otorgada a algunas informaciones en detrimento de otras, pueden identificarse verdaderas estrategias de (pre) defensa frente a posibles impugnaciones. Por ejemplo, en los modos de citar trabajos publicados puede verse que, mientras los candidatos que juzgaban no tener nada para ocultar presentaban sin ninguna dificultad todas las informaciones, incluyendo nombre de la publicación, fecha, etc., otros candidatos parecían quedar apresados entre la necesidad

de citar los trabajos para aumentar puntos en el concurso y la imposibilidad de hacerlo, pues algunas publicaciones podrían suscitar sospechas sobre su pasado.

Analizando conjuntamente las diferentes trayectorias y estrategias de presentación, el resultado de los concursos y los juicios que cada candidato mereció por parte de los jurados, pueden identificarse tres grandes grupos. El primero reúne a los individuos que obtuvieron las mejores posiciones, exhibiendo *curricula* de menor tamaño con muy pocos documentos comprobatorios (o ninguno). De modo general, pertenecían al *establishment* cultural y universitario anterior al peronismo, se juzgaban portadores de una trayectoria y autores de una obra suficientemente reconocida y que no precisaba ser comprobada ante quienes, más que jurados, debían ser para ellos colegas y alumnos.²⁵ En el extremo opuesto estaban los individuos de menor capital intelectual y social, que hacían las presentaciones más extensas y cuyos *curricula* eran los más abundantes en certificados y documentos. Eran quienes más dudaban de sus chances de victoria y, por esa razón, buscaban hacer valer los más pequeños detalles de sus trayectorias, incluyendo listados minuciosos de todos sus estudios (señalando incluso los incompletos), la participación en actividades de animación cultural (por ejemplo, en sociedades culturales barriales o municipales, aun en las ya desaparecidas), conferencias dictadas ante los auditorios más diversos y trabajos “escritos” (sin discriminar los publicados de los inéditos). Entre estos dos polos se reunía la proporción mayor de individuos colocados en los segundos lugares o que, habiéndose presentado en más de un concurso, obtuvieron el segundo lugar en uno y el primero en otro. Evidentemente no podían exhibir las mismas credenciales de reconocimiento que los candidatos del primer grupo, pero procuraban probar, por medio de presentaciones relativamente extensas, un tipo particular de trayectoria marcada por el tránsito fluido entre los círculos de la élite intelectual y social opositora al antiguo régimen.²⁶

Una característica significativa de este grupo es la frecuencia con la que aparece el ítem “viajes”. La mención de períodos en el exterior (especialmente en Europa) era, en primer lugar, un testimonio de la posesión de un elevado capital económico, y su incidencia mayor entre los candidatos victoriosos sirve como un fuerte indicador del carácter social de la selección sancionada por los concursos. Por otro lado, para quienes “sabían leer”, era prueba de una trayectoria verdaderamente opositora a la “tiranía”, pues podían ser interpretados como temporadas de exilio. Por último, debe notarse que en pocos casos los viajes envolvían actividades estrictamente académicas o universitarias; eran mencionados como “viajes de estudio” y aparecían acompañados de la lista de países visitados, revelando una fuerte valoración de un estilo de intelectual asociado a la “erudición” y a la “cultura general”, contrario a la “especialización” y al “academicismo”.²⁷ Erudición en el plano cultural y oposición a Pe-

²⁵ Es el caso, por ejemplo, de la presentación de Jorge Luis Borges, cuyo currículum tenía sólo una página en la que comenzaba afirmando: “Mi título es una vida, ya larga, íntimamente consagrada al estudio...”.

²⁶ Es lo que se escondía en algunas exhibiciones de erudición, en la mención a publicaciones sobre temas variados y en la realización de conferencias sobre los más diversos asuntos en algunas instituciones que, ciertamente, serían reconocidas por los jueces como claramente contrarias al régimen derrocado. En ese grupo se situaban los militantes estudiantiles y la mayor parte de los candidatos más jóvenes. Éstos parecían buscar una colocación coherente con el momento de la carrera. Por su parte, algunos militantes se presentaban con la clara intención de dificultar el acceso a los puestos de aquellos que consideraban no merecer estar en la nueva universidad. Algunos serían aprobados en los concursos del período siguiente a la “normalización”, después de 1958.

²⁷ Sirve como ejemplo un individuo que obtuvo el primer lugar en el concurso para profesor titular de la cátedra de Estética. El ítem “viajes” de su currículum dice textualmente: “1) 1934: España, Italia y Francia; 2) 1946: Italia, Suiza,

rón en el plano político, ésas eran las cualidades valoradas por los jurados para legitimar los méritos de los candidatos vencedores –un tipo de trayectoria social y política, y una figura social de intelectual–.²⁸

Los sentidos de la política: *established-outsiders* en la Argentina

El juicio desperonizador fue un campo de batalla entre individuos y grupos sociales que actuaron movilizadas por razones que ellos sentían y entendían como políticas. Aun cuando en los argumentos de algunos pudieron estar presentes también motivos representados como religiosos, su valor derivaba del hecho de que éstos estaban politizados en un contexto de enfrentamiento con enemigos vistos como enemigos políticos –como en el caso de los grupos católicos que se oponían a sus enemigos liberales, definiendo alternativas y dando forma a una de las oposiciones que agitaba la universidad en proceso de desperonización–.²⁹

Es verdad que también podían ser invocadas razones culturales. Éstas, sin embargo, sólo tenían sentido en el plano de batallas sentidas y calificadas por sus protagonistas, también, como políticas. De un lado, los argumentos en favor de la “cultura nacional” esgrimidos por aquellos que entendían que sus enemigos no merecían el adjetivo de argentinos; de otro lado, alegatos en favor de una “cultura democrática”, cuya condición era la desperonización (y no sólo de la universidad).³⁰

Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania; 3) 1948-1949: Italia, Francia, España, Portugal, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra; 4) 1950-1951: Italia, Francia, Austria, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, México, Cuba y Puerto Rico; 5) 1952: Suiza, Italia y Francia; 6) 1953: Francia, Italia, Bélgica, Holanda e Inglaterra”. Por un lado, los viajes eran presentados como pruebas de erudición y cultura general que lo calificaban para enseñar su materia; por otro, demostraban que, de los diez años de gobierno peronista, el candidato había pasado siete fuera del país.

²⁸ En el resultado de un concurso del área de Letras, por ejemplo, los jueces justificaron la victoria de un candidato afirmando: “[...] sus títulos y antecedentes, su larga actuación en la docencia, tanto en la enseñanza secundaria como universitaria, le otorgan una capacidad notable para transmitir conocimientos [como] su indudable experiencia magistral y su obra publicada [...] que ha merecido general aprobación”. Por su parte, los jueces de un concurso del área de Filosofía declararon vencedor a un candidato afirmando: “La comisión asesora ha considerado que el profesor R. B. une a sus títulos y antecedentes estimables, una capacidad notable para transmitir sus conocimientos, formar discípulos y objetivar la labor docente y estar situado de una manera concreta y permanente en el contexto mismo de su labor”.

²⁹ El proceso de desperonización terminó por favorecer a los identificados como *laicos*, desplazando de las principales posiciones de gestión de la política universitaria a los ligados a los grupos *católicos*. El conflicto siguiente, que estalló en el mundo universitario en 1958, también trascendió sus fronteras, transformándose en un nuevo acontecimiento político nacional en el que se enfrentaron individuos de ambos grupos. En esos acontecimientos, que ganaron las calles de las principales ciudades del país y los titulares de los diarios, y que fueron conocidos y son recordados hasta hoy como “Libre o Laica”, estaba en juego no sólo una cuestión religiosa (la afirmación de un credo católico o “laico”), sino la regulación estatal de los espacios universitarios. Así se explica el equívoco en la oposición entre ambos términos: los partidarios de la “libertad” terminaron creando universidades privadas, mientras los identificados como “laicos” estaban a favor del monopolio estatal sobre la educación superior.

³⁰ Después de la batalla “Libre o Laica” se inauguró un nuevo proceso en el que política universitaria y política nacional se fundieron. A la “noche de los bastones largos” –un nuevo ciclo de exclusiones masivas de profesores universitarios legitimado en razones políticas, y que acompañó el golpe de Estado de 1966 encabezado por el general Onganía– siguió un proceso de creación de “cátedras nacionales”, cuya pretensión era fundar una universidad contraria al “cosmopolitismo vacío” de sus antecesores: los “laicos liberales” que, según esos “nacionalistas”, salieron victoriosos del proceso desperonizador en el campo universitario, y que orientaron los destinos de la universidad entre 1955 y 1966 (de la misma forma en que algunos elementos organizadores de estas batallas estaban presentes en combates anteriores, varios de ellos también podrán ser reconocidos en ciclos de recambio universitario posteriores, como los de 1975-1976 y 1983-1985).

Pero para entender mejor las condiciones sociales de esa politización de las formas de sentir y de actuar en el mundo social, y para comprender los sentidos de la política para los individuos y grupos que constituyeron ese mundo, es necesario examinar el contenido social de las oposiciones y su historia.

Según los escasos datos disponibles, en el primer año de gobierno de Perón como presidente electo (1946), solamente en la UBA fueron excluidos 1.250 profesores. De este total, 825 renunciaron proclamando su oposición a la política peronista, considerada por ellos contraria a los valores universitarios y democráticos, una mezcla perniciosa de “nacionalismo populista” e “integrista católico”; otros 423 profesores fueron echados por los artífices de esa política, que justificaron las exclusiones con argumentos que invocaban los “verdaderos intereses de la nación” y que hablaban del lugar de la universidad en el país que se construía bajo el lema peronista.³¹ De esta manera, el primer eje de tensiones (y una de las principales formas de representación nativa) del proceso desperonizador tuvo el sabor de un arreglo de cuentas: todo parecía resumirse a la vuelta de un *establishment* que, con la Revolución Libertadora, exigía ocupar sus “antiguos” espacios de poder y prestigio, desplazando a los recién llegados que, con la caída del régimen peronista, asistían a la ruina de su ambición de consolidarse como un “nuevo” *establishment*.³²

Sin embargo, observando cuidadosamente el material de los concursos se revelan varias complejidades y matices. Vale la pena examinar rápidamente al menos dos de ellos, a partir de un par de datos significativos. Primero, el hecho de que buena parte de quienes pasaron a ocupar posiciones elevadas en la jerarquía universitaria después de 1955 no fueron profesores antes de 1946. Había pasado una década de dominio peronista, lo que introducía un fuerte contenido de disputa generacional a la desperonización. Pero no cualquier joven podía ganar un concurso. La edad era un principio de diferenciación que necesitaba estar apoyado en un criterio de proximidad social: aquellos que consiguieron hacer valer argumentos de “juventud” y de “renovación” fueron individuos que, siendo estudiantes durante la década anterior, se habían socializado en el ambiente político y cultural opositor a Perón.³³ En el contexto de la población universitaria (que, como se verá más adelante, se había expandido dramáticamente durante la década peronista), esos jóvenes podían exhibir capitales sociales y culturales relativamente altos.

El segundo dato se manifiesta en la eficacia limitada de la pulsión impugnadora estudiantil, una vez que varios de los profesores aprobados en el juicio desperonizador eran individuos que habían mantenido sus cátedras durante el antiguo régimen.³⁴ Es verdad que su per-

³¹ Cf. Mangone y Warley (1984, p. 59). Según un cálculo aproximado, el número de profesores excluidos debía representar más del 50 % del total. Varias fueron las razones invocadas para las exoneraciones: en algunos casos, por ejemplo, los interventores “peronistas” en las facultades exigían la retractación de los profesores que firmaron manifiestos contrarios a Perón. Fueron, también, publicadas disposiciones que restringían la contratación en las universidades a los argentinos nativos, excluyendo el significativo número de profesores de origen inmigrante. Para una denuncia de las exoneraciones promovidas por el gobierno peronista, cf. *Cursos y Conferencias*, No. 177, diciembre de 1946, pp. 177-178.

³² Como muestra Elias (1994), es característico de todo *establishment* la transformación de una representación sobre su antigüedad, reconocida por los *outsiders*, en un diferencial de poder.

³³ Como el Colegio Libre de Estudios Superiores (cf. Neiburg, 1998a, cap. 4).

³⁴ Es significativo el hecho de que, en los expedientes examinados, sólo una impugnación haya sido aceptada. También se registra solamente un caso de candidato que, consiguiendo revertir una impugnación, fue aprobado (en segundo lugar).

manencia en la universidad posperonista puede ser comprendida como un reconocimiento al mérito académico (acompañando el argumento de algunos nativos). Pero el análisis de los expedientes deja muy claro que en ese contexto el mérito sólo podía ser reconocido en los portadores de determinadas cualidades sociales, interpretadas políticamente. La única forma de evitar la condena y la exclusión que exigía la impugnación de los jóvenes estudiantes era una garantía, por parte de los más viejos, sancionada en el veredicto de los jueces.³⁵ Aquellos que no daban lugar a una impugnación, procedían de esa manera a partir de su “conocimiento” sobre la trayectoria de candidatos con los cuales mantenían una relación de proximidad social construida y reforzada en los ámbitos de sociabilidad opositores al peronismo, donde se reunían hombres (y, también, cada vez más mujeres) con propiedades sociales semejantes: un alto porcentaje de inmigrantes o de hijos de inmigrantes europeos con elevado capital cultural y de títulos universitarios, que encontraron en la universidad y en la política una forma de ser argentinos y de influir en los destinos de la nación.³⁶

Las dos caras de la política y el *habitus* nacional de los argentinos

En los acontecimientos analizados la política tenía dos caras. Una de ellas mostraba un espacio de relación y de competencia entre individuos iguales, la universidad politizada era un sinónimo de esfera pública, en la cual debían dominar las leyes de la razón y del mejor argumento. Así, se fundamentaba el mecanismo de universalización con que fue concebida y realizada la desperonización: los valores y las prácticas meritocráticas subyacentes a los concursos. La otra cara mostraba a la política como un campo de batalla en el que cada individuo debía asociar sus propias fuerzas a las de los aliados para enfrentar mejor a los enemigos. Desde este punto de vista, desperonizar significaba definir los límites del espacio de universalización, excluyendo algunos individuos y grupos y facilitando la entrada de otros. De un lado, la política era un espacio civilizado, que presuponía la pacificación; del otro, la asociación sólo era posible por la disociación, había amigos (en el doble sentido de *amicus*: próximo y aliado) porque había enemigos, sólo había paz y diálogo debido a la virtualidad de la guerra.

La presencia simultánea de estas prácticas, valores y sentidos es condenada como una anomalía por parte considerable de la literatura erudita que trata sobre política, tanto por aquella que está interesada en prescribir un ideal de buena sociedad en el que la política sea sinónimo de asociación y de diálogo, como en la que describe la política como faccionalismo, corrupción o guerra.³⁷ Condenas semejantes pueden ser identificadas en las representaciones sobre la Argentina consagradas en los ensayos culturalistas que tematizan la “crisis del ser nacional” y, también, en las interpretaciones sociológicas que hablan de insuficiencias o de imperfecciones en la “integración de la sociedad nacional”.³⁸

³⁵ Es interesante interpretar, a la luz de este análisis, el hecho de que hoy varios de quienes fueron jóvenes protagonistas de la desperonización pueden reconocer una cuota de “injusticia” o de “excesos” en sus tentativas de impugnación.

³⁶ Aquí sólo se pueden mencionar de forma sintética algunas de las propiedades sociales de esas élites (y, por consiguiente, de las propiedades sociales de los jueces del proceso desperonizador en la universidad). Para un mapa más extenso, cf. Neiburg (1998a), cap. 4.

³⁷ Respectivamente, por ejemplo, Jürgen Habermas (1984 [1961]) y Carl Schmitt (1992 [1932]).

³⁸ Para esta complicidad entre interpretaciones culturalistas de la Argentina (como la de Arturo Jauretche) e interpretaciones sociológicas (como la de Gino Germani), véase Neiburg (1995).

Por el contrario, mi objetivo ha sido proponer una comprensión positiva de la presencia simultánea de esas prácticas, valores y sentidos, mostrando la relación mutuamente constitutiva entre las dos caras de la política. En esa perspectiva, los acontecimientos analizados pueden ser considerados como un “caso privilegiado”, dada la claridad y, principalmente, la formalización con que fueron colocados en funcionamiento simultáneamente mecanismos de exclusión y de universalización: de un lado, juicios sobre el pasado político de las personas; de otro, concursos basados en apreciaciones meritocráticas y en la intención de instituir un “año cero” para todos.³⁹

Para comprender mejor la dimensión cultural y social de estos procesos, y para construir generalizaciones sobre bases empíricas más sólidas, sería necesario incorporar una dimensión histórica al análisis. Pero dados los límites de este artículo y el estado preliminar de la investigación en que se funda, en lugar de “conclusiones” no puedo más que sugerir la formulación de un proyecto. Su objetivo sería entender la lógica social que otorgó a la política un lugar central en las formas de representar la cultura nacional en la Argentina.⁴⁰

En su ensayo *Politik als Beruf*, Max Weber esbozó una sociología del sentido de la política para las personas en la que la política está ligada a ciertos espacios y fronteras sociales, observables en la presencia del Estado y en la de individuos cuyas condiciones de existencia, prácticas y valores están centralmente asociados a ella. La principal referencia empírica de Weber eran los interesados en la política (los “profesionales de la política”) y los espacios nacionales en los que la existencia social de esos individuos gana sentido (en el análisis de Weber: los Estados Unidos, Inglaterra y, principalmente, Alemania).⁴¹

Sugiriendo que la política está íntimamente ligada a la dimensión nacional de la vida social, Weber inaugura un tipo de reflexión que sería plenamente desarrollada por Norbert Elias. Aquello que, en los términos nativos, es conceptualizado como “carácter” o “cultura nacional” sería producto de la *nacionalización* de identidades, ideales, valores y formas de sensibilidad propias de los grupos sociales que pasan a controlar áreas estratégicas en el funcionamiento de los estados. Se trata de procesos sociogénicos en los que el *habitus* so-

³⁹ La versión de uno de los protagonistas de la desperonización de la universidad (Halperin Donghi, 1962, p. 194) en el sentido de que la propuesta de renovar totalmente la planta de profesores se habría originado en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (con el argumento de promover una “depuración” que permitiera un “nuevo punto de partida”, marcando, así, un “origen común y homogéneo” para los nuevos integrantes de la vida universitaria), enfatiza el principio de universalización puesto en juego en la desperonización, ocultando el principio de exclusión que definía para quiénes ese universal estaba restringido.

⁴⁰ Ese proyecto debería desarrollar una doble perspectiva comparativa. En el contexto de la historia argentina, donde antes y después de los acontecimientos analizados hubo varias otras exclusiones de opositores políticos de los espacios de producción cultural controlados por el Estado y, particularmente, de las universidades. En lugar del mecanismo formal de universalización, que pretendía legitimar la desperonización como “año cero” de la universidad argentina, esas otras exclusiones tuvieron la forma de “purgas” y de “persecuciones”. La consideración de estos ciclos permitiría comprender mejor la lógica propiamente faccional presente en cada una de las exclusiones. Por otro lado, la comparación con otros contextos nacionales donde la politización del campo de producción cultural y universitario también envolvió la realización de “purgas” y “persecuciones” permitiría comprender mejor los sentidos de la politización y de la política para los argentinos (por ejemplo, desde la “desnazificación” de la Europa Occidental, y el período del Macarthismo en los Estados Unidos, hasta el universo bastante más próximo del argentino de los ciclos de exclusiones en Europa del Este).

⁴¹ Cf. Weber (1959 [1919]). Me parece que los comentaristas de Weber han prestado poca atención a esta indicación presente en un texto que, formulado en la inmediata posguerra, tenía en la propia existencia de Alemania y en las relaciones internacionales una de sus cuestiones centrales.

cial de esos grupos se extiende a otras áreas del espacio social, transformándose en *habitus* nacional.⁴²

Una de las principales características del modelo de Elias es que permite comprender la lógica de procesos sociales –la aproximación y el alejamiento entre individuos y grupos, la transformación de sus relaciones de interdependencia– y, al mismo tiempo, la dinámica de construcción de identidades y de ideales colectivos –los valores y los sentidos que fundan amistades y enemistades entre aquellos que se reconocen como integrando una misma comunidad política o estado nacional–.

Así, para comprender mejor la relación entre los significados de la política en los acontecimientos analizados y el *habitus* nacional de los argentinos es necesaria una historia mayor a la que aquí fue relatada. Esa historia tendrá que considerar el proceso de formación de una sociedad nacional en la que los valores y las prácticas de sucesivos grupos de *outsiders* (desde el fin del siglo pasado, inmigrantes de ultramar; a partir de la década del treinta, inmigrantes del interior rural del país que llegaron a las grandes ciudades) se aproximaron, se opusieron y pasaron a ocupar espacios de la antigua “buena sociedad” de los *criollos* (descendientes de españoles nacidos en América) que habían hecho la independencia y definido los contornos de la Argentina en más de cincuenta años de guerras civiles, en el siglo pasado. Mientras el principal espacio de argentinización (de cohesión de los valores y de las prácticas) de la sociedad de los *criollos* fue el ejército, el principal espacio de cohesión de las prácticas y de los valores de los *outsiders*, de argentinización de los inmigrantes, fue la escuela.⁴³

El proceso de aproximación social, de redefinición de las relaciones entre grupos y de transformación de identidades y de valores, que es el proceso de formación de los *habitus* sociales que se acompañan del adjetivo “nacional”, fue relativamente rápido en la Argentina. Muchos de los valores que pasaron a legitimar las políticas de Estado a partir de 1880 algunas décadas después ya eran parte de la “realidad nacional” –especialmente las políticas que propiciaron la recepción masiva de inmigrantes europeos y las que otorgaron centralidad a la escuela y al ejército en la argentinización de las poblaciones que habitaban, o que llegaban, al territorio nacional–. Como se sabe, en poco tiempo la morfología social del país sufrió transformaciones dramáticas.

Todavía en 1930 casi 25% de la población total era de origen extranjero; en la ciudad de Buenos Aires (donde vivían poco menos de 3 millones de habitantes) tres de cada cinco personas habían nacido en Europa. Menos de tres décadas después (hacia 1955), Buenos Aires acentuaba su carácter de centro también demográfico de la Argentina, con siete millones de personas, aproximadamente 35% de la población total del país. En la misma época, la proporción de extranjeros había disminuido a menos de 20%, pero casi 40% de los habitantes de los centros urbanos eran migrantes internos; ahora, en Buenos Aires, dos de cada cinco personas

⁴² En varios trabajos de Elias pueden encontrarse indicaciones (para los casos de Francia, Alemania e Inglaterra), pero es en sus estudios sobre los alemanes (Elias, 1996) donde se encuentra la demostración más completa de esas relaciones, principalmente en lo que se refiere a la aproximación entre grupos militares, élites intelectuales y jóvenes universitarios en los períodos anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial. Para un posible diálogo entre el modelo de análisis de Elias y los estudios antropológicos sobre cultura y carácter nacional, cf. Neiburg y Goldman (1998).

⁴³ Cf., entre otros, Halperin Donghi (1994b), Botana (1994), Chiaramonte (1997), y, muy especialmente, Sabato (1998). En un sentido más general, pienso que la discusión de Anderson (1991) sobre los nacionalismos americanos podría enriquecerse a la luz de la relación entre esas dos formaciones sociales y sus conflictos.

había nacido en el interior rural. A principios del siglo xx, la mitad de la población era analfabeta; hacia 1955 más de 80% leían y escribían en castellano. Entre 1942 y 1958 la población de estudiantes de la UBA pasó de 17.000 a 50.000, más de un tercio de los universitarios del país, que ocupaba el tercer lugar en el mundo en términos de la proporción estudiantes universitarios/total de habitantes.⁴⁴

Las primeras elecciones realizadas después de la sanción de la Ley del Sufragio Universal (que transformó en obligatorio el voto masculino) se llevaron a cabo en 1916, consagrando la victoria de un movimiento político (el Radicalismo de Hipólito Yrigoyen) apoyado masivamente por inmigrantes y descendientes de inmigrantes europeos. Exactamente cuatro décadas después, el resultado de otras elecciones transformó en presidente al entonces coronel Juan Domingo Perón, que se benefició de una significativa porción de votos de los migrantes internos. La Revolución Libertadora que derrocó a Perón fue una entre la decena de golpes de Estado que desde 1930 marcaron la vida política argentina, terminando con gobiernos electos e impidiendo la participación en elecciones de partidos y de facciones partidarias –alimentando la representación, compartida por periodistas y sociólogos, de las acciones políticas de los hombres de armas como las de un verdadero “partido militar”–.⁴⁵ Al mismo tiempo en que la historia nacional contada en las escuelas era una historia de héroes y de hazañas militares, todos los ciudadanos (hombres) vivieron, a través del servicio militar obligatorio, la proximidad con los cuarteles, donde siempre se habló de política y se hizo política.

El terreno privilegiado de encuentro y de relación entre los individuos y los grupos sociales que formaron la Argentina fue el espacio público. Las identidades, ideales y valores que dieron sentidos y que construyeron la política, y las representaciones sobre el lugar de la política en la cultura nacional, hablaron siempre simultáneamente de universalidad, participación y pacificación, y de exclusión, enemistad y uso de la fuerza.

En un período poco posterior al tratado aquí la Argentina vivió un capítulo de su historia caracterizado por la generalización del uso de la fuerza física en el mundo de la política.⁴⁶ En ese capítulo de extrema violencia participaron muchos de los protagonistas de la desesperonización, de ese mundo social politizado y de una universidad que, dada su enorme y rápida expansión (y la equivalente desvalorización de los títulos universitarios), permitía a los jóvenes estudiantes asociar el sentido de sus vidas a la “política”. Algunos de ellos contribuyeron a través de sus publicaciones para la creación de lo que un historiador llamó recientemente “clima de opinión” favorable al uso de la fuerza física en la política.⁴⁷ Otros, directamente, mataron y murieron por razones políticas. □

⁴⁴ Cf. Germani (1987), Torrado (1992), Eichelbaum de Babini (1958) y Cano (1989).

⁴⁵ Un “partido” en el que los apellidos criollos pasaron a mezclarse con los de algunos hijos de inmigrantes, aunque siempre de origen católico. Las vías de argentinización de los judíos (una proporción significativa de la población inmigrante) estuvieron siempre ligadas al mercado y, principalmente, a la escuela y a la universidad.

⁴⁶ Si, siguiendo a Elias (cf. Neiburg, 1998b), abandonamos la visión normativa que considera la paz como un estado de “normalidad” y observamos la dimensión de las transformaciones sociales sufridas por este espacio nacional, no puede sorprender que desde las guerras civiles del siglo pasado, la utilización de la fuerza física para hacer política haya sido siempre una virtualidad o una triste realidad en la Argentina.

⁴⁷ Halperin Donghi (1994b), pp. 11-12.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1991), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres/ Nueva York, Verso.
- Bailey, Frederick G (1998), *The Need for Enemies. A Bestiary of Political Forms*, Ithaca y Londres, Cornell University Press.
- Bendix, R. Reinhardt (1977), *Nation-Building and Citizenship: Studies of our Changing Social Order*, Berkeley, University of California Press.
- Botana, Natalio (1994) [1977], *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bourdieu, Pierre (1994), “Esprit d’État. Genèse et structure du champ bureaucratique”, en Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l’action*, París, Seuil.
- Brubaker, Rogers (1996), *Nationalism Reframed. Nationhood and the National Question in the New Europe*.
- Cano, Daniel (1989), *La educación superior en la Argentina*, Buenos Aires, Flacso/Gel.
- Cardoso, Fernando H. y Faletto, E. (1972) [1979], *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press.
- Cavarozzi, Marcelo (1995), “Political Cycles in Argentina since 1955”, en O’Donnell, Schmitter y Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule. Latin America*, Balimore, Johns Hopkins University Press.
- Chiaromonte, Juan Carlos (1997), *Ciudades, provincias y estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel.
- Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio (1962), *Universidad y estudiantes*, Buenos Aires, Ediciones Depalma.
- — — (1968), *Los reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Cursos y Conferencias*, No. 177, diciembre de 1946.
- Das, Veena (1995), *Critical Events: An Anthropological Perspective on Contemporary India*, Delhi, Oxford University Press.
- Eichelbaum de Babini, Ana M. (1958), “Encuestas universitarias”, *Cuadernos del Instituto de Sociología*, FFYL, UBA, 7 (11).
- Elias, Norbert (1996) [1989], *The Germans. Power Struggles and the Development of Habitus in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Nueva York, Columbia University Press.
- — — (1994) [1976], “A Theoretical Essay on the Established and Outsider Relations”, en Elias, N. y Scotson, J. L., *The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems*, Londres, Sage Publications.
- Escobar, Arturo (1995), *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- Germani, Gino (1987) [1955], *Estructura social de la Argentina; análisis estadístico*, Buenos Aires, Solar.
- — — (1962) *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Germani, Gino y Silvert, Kalman (1965), “Estructura social e intervención militar en América Latina”, en Di Tella, T., et al., *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba.
- Habermas, Jürgen (1984) [1961], *Mudança Estrutural da Esfera Pública*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.
- Halperin Donghi, Tulio (1994a) [1972], *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- — — (1994b), *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- — — (1962) *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.
- Herzfeld, Michael (1997), *Cultural Intimacy. Social Poetics in the Nation-State*, Londres, Routledge.

- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Lipset, Seymour M. y Germani, Gino (1960), “Ideologías autoritarias y estratificación social”, *Cuadernos de Sociología* 24, FyL, UBA.
- Luna, Félix (1987), *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Mangone, Carlos M. y Warley, Jorge M. (1984), *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (1971) [1984], *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Neiburg, Federico (1998a), *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza editorial.
- — — (1998b), “O naciocentrismo das ciências sociais e as formas de conceituar a violência política e os processos de politização da vida social”, en Waizbord, L. (org.), *Dossiê Norbert Elias*, San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo (Edusp).
- — — (1996), “Intellectual Representations of People and Nation: The Invention of Peronism in Argentina”, *Annals for Scholarship*, vol. 11, Nos. 1-2, pp. 103-132.
- — — (1995), “El 17 de octubre de 1945. Un análisis del mito de origen del peronismo”, en Torre, J. C., *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.
- — — (1992), “O 17 de outubro na Argentina. Espaço e produção social do carisma”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*.
- Neiburg, Federico y Goldman, Marcio (1998), “Anthropology and Politics in Studies of National Character”, *Cultural Anthropology*, 13 (1), pp. 56-81.
- NuAP (1997), “Uma Antropologia da Política: Rituais, Representações e Violência”, *Cadernos do NuAP* 1, Núcleo de Antropologia da Política-Programa de Apoio a Núcleos de Excelência (PRONEX), Río de Janeiro, NAU.
- O'Donnell, Guillermo (1972), “Modernización y golpes militares (teoría, comparación y el caso argentino)”, *Desarrollo Económico* 47 (12), pp. 519-554.
- Oszlak, Oscar (1985), *La formación del estado argentino*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano.
- Palmeira, Moacir, “Poder local”, NuAP, Museu Nacional, Río de Janeiro, ms.
- Plotkin, Mariano, 1993. *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista, 1946-1955*, Buenos Aires, Ariel.
- Portantiero, Juan Carlos (1981), *Estudiantes y política en América Latina (1918-1934). El proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI.
- Potash, Robert (1982), *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rouquié, Alain (1982), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Sabato, Hilda (1998), *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, 1820-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Schmitt, Carl (1992) [1932], *O conceito do político*, Río de Janeiro, Vozes.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Toer, Mario (coord.) (1988), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Torrado, Susana (1992), *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- UBA, Archivo de Historia Oral.
- Weber, Max (1959) [1919], “Le métier et la vocation d’homme politique” (*Politik als Beruf*), en *Le savant et le politique*, París, Plon.